



Capítulo 6

UNA VISIÓN BINOCULAR

PSICOANÁLISIS Y FILOSOFÍA



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Una visión binocular. Psicoanálisis y filosofía

Bárbara Bettocchi y Raúl Fatule

(editores)

© Bárbara Bettocchi y Raúl Fatule, 2014

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: setiembre de 2014

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 978-612-317-023-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-12321

Registro del Proyecto Editorial: 31501361400772

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

ALGUNOS COMENTARIOS ACERCA DE LA RELACIÓN POSIBLE ENTRE MATEMÁTICAS Y PSICOANÁLISIS¹

Noemí Cohen Levis

El matemático, cuando se pone a trabajar, insiste *en acto* sobre la cuestión de la escritura. Algo tiene que ser escrito matemáticamente.

Hace un tiempo Guitart (2003), matemático especialista en la teoría de las categorías, señalaba que el objeto de las matemáticas no es la demostración en sí misma, sino *el rigor*; es decir, la caída en la que corresponde, con justeza, la escritura sobre la intuición. ¿Qué quiere decir esto?

Entiendo que el matemático tiene una intuición, pero hace escritura de ello (por ejemplo, Newton tenía una intuición, pero la transformó en una fórmula: la de la gravedad). Asimismo, podríamos decir que las letras del álgebra, las figuras de la geometría, los esquemas de los algoritmos, las organizaciones rigurosas de conceptos son otros tantos elementos, letras de esta escritura matemática. Lo importante es que estas letras se depositan, se imprimen de manera estable.

El psicoanalista coincidiría con el matemático en la idea de que hay una buena escritura, que tiene efecto y opera de manera estable. En el caso del psicoanálisis, la letra operará de manera estable sobre el sujeto.

¹ Este trabajo fue leído en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, en ocasión del 50 Aniversario de la creación de la carrera de Psicología (1957-2007).

¿Cuál es el gesto, el acto del matemático? Él apuesta a lo siguiente: escriban, lean, calculen y tendrán pruebas. Es la manera que tiene el matemático de interpelar la verdad. Hay una subordinación de la verdad *por advenir* en virtud de la letra, de sus combinaciones, de sus ordenamientos; y ello produce efectos en lo real. Toda fórmula introduce algo en lo real.

Voy a dar un ejemplo: con la introducción de la fórmula de la relatividad de Einstein se dio al mundo la base teórica para la fabricación de la bomba atómica, a pesar de que su creador era enemigo de la violencia. Así, Einstein le escribió a Freud preguntándole acerca del porqué de la violencia y este le contestó con un hermoso artículo llamado «¿Por qué la guerra?».

He dicho que una fórmula bien escrita tiene efectos. En psicoanálisis estos efectos son para cada quién. Pero llegar a una resolución rigurosa implica ciertas coerciones en la lectura y en la escritura. Así, para leer un texto alguien tiene que saber mínimamente que existen comas, espacios y puntuaciones y también tener en cuenta que hay un juego entre las letras y los blancos, que hay diferencia entre esas letras y los blancos, entre una letra y otra letra, entre un blanco y otro blanco, y que estas diferencias son necesarias para permitir la lectura y la escritura.

En este punto me adhiero al modo en que, en su texto sobre *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada: un nuevo sofisma*, Lacan señala el valor de las escansiones, de los cortes, de las vacilaciones que desempeñan un papel en la decisión lógica (1971).

Es decir, se puede concluir algo *dado que hay escansiones*, que hay cortes. Y estas escansiones tienen valor signifiante por su tiempo en suspensión; y justamente por dicha suspensión se escribe el tiempo: podemos introducir la dimensión temporal en la lógica.

Es amplio el ámbito en que el psicoanálisis recurrió a las matemáticas desde Freud. Podría mencionar, entre otras, la teoría de los conjuntos, de los grafos, de los esquemas, de las superficies topológicas (tales como el *cross-cup*, la banda de Moebius, el toro, la botella de Klein).

También se pueden señalar los matemas de las fórmulas de la sexuación, así como el nudo borromeo que da cuenta de la estructura del sujeto. Pero lo que yo quiero señalar especialmente es que el uso de estos objetos matemáticos y matémicos no es un apoyo para supuestas demostraciones: son la última reducción.

El arribo de las fórmulas de la sexuación requerirá luego hablar sobre ellas, de la misma manera en que una fórmula matemática necesita ser explicada en un lenguaje no matemático que dé cuenta de ella.

Si hay alguna preferencia por la topología es porque ella está más liberada de lo imaginario, es decir, de la representación. En este punto, también la letra matemática mata lo que hay de representación en la manera de abordar el fenómeno que ella matematiza. Dije: la letra mata la representación. Cuando escribo $(a+b)^2$, a o b no son ni peras ni manzanas ni nada que se les parezca.

En esta exposición yo elijo no abocarme a ningún objeto matemático en particular porque intento acentuar el hecho de que es posible hallar, en la lógica del discurso del analizante, letras que van a ser adecuadas para la escritura (su escritura particular). ¿Por qué? Porque si sostenemos que el inconsciente freudiano es racional (como una razón matemática), su racionalidad es una *que debe construirse*. Ese es el tiempo de un análisis.

Sabemos que para el psicoanálisis no hay un yo *uno*, centro del universo. Tenemos una *hiancia*, somos sujetos divididos. El inconsciente en acción es una razón que razona como tal.

El sujeto del inconsciente piensa, juzga, calcula, trabaja. En síntesis, trabaja.

Cuando hablamos de represión (algo consciente deviene inconsciente), esta es inseparable de un fenómeno llamado *retorno de lo reprimido*, y aquello que retorna es descifrable, del mismo modo como podría descifrarse una escritura perdida. Así, se puede descifrar esta escritura siempre que tengamos a un sujeto vivo, hablando y dando cuenta él mismo de ella; en ningún caso se trataría de lo que nosotros (psicoanalistas) suponemos desde nuestro lugar.

El discurso reprimido se traduce en lapsus, actos fallidos, sueños, síntomas. Los síntomas traducen lo impreso por el otro (A del *autre* trabajado por Lacan en toda su obra). Es decir que, dada nuestra indefensión, fuimos poblados por los haceres y los dichos del otro significativo. Estamos alienados por el otro. *Se trata de una escritura cifrada*, que es a la vez la represión de un discurso, de una verdad que se ha vuelto inconsciente.

En psicoanálisis se trata de lo insabido, de cifrar, de leer, de escribir, de lógica. Pero también es una escritura de la imposibilidad del todo, del límite. Está *el decir*, condición del habla, el hecho de hablar; y están *los dichos*, lo que se dice. Pero todos los dichos (por más que se diga) no agotan el decir. Lo que quiero expresar es que siempre algo queda afuera (Cohen Levis & Kowenski, 2009).

El descifrado va a permitir que algo de lo que quedó afuera pueda ser leído en los dichos. Esto lleva a una resolución al modo como se podría resolver un problema matemático, que va a tener un efecto de cambio sobre el sujeto. Es algo efectivo y ello permite pasar a otra cosa. Es lo que Freud (1927) llamó *Wirklichkeit* ('realidad efectiva: efectividad')².

Entonces, rescataré el rigor que plantea el matemático al decir que se trata de la caída, en la cual corresponde, la escritura sobre la intuición. Para cada uno de nosotros, esta intuición de la que habla el matemático es un saber que es inconsciente, implícito desde siempre pero insabido. Y con él mantenemos una relación tal que domina nuestros actos, que nos hace padecer... pero que tenemos que develarlo de una manera efectiva.

¿De qué se trata? De entender la estructura, nuestra alineación en el otro (recuerden que dije que estamos poblados por los haceres y dichos del otro significativo) y efectuar el corte, la separación efectiva que nos dé la escasa libertad de un deseo que no esté totalmente alienado.

² Este término es retrabajado por Freud en diferentes textos, entre ellos «El porvenir de una ilusión» (1927).

¿Con qué elementos voy a contar para ello? ¿Cuál va a ser la materialidad de la cual voy a disponer para que cada analizante haga su lecto-escritura? (Cohen Levis, 1990)³.

Freud nos recuerda en «Construcciones en el análisis» (1937) que son materiales de diversa índole:

- Jirones de recuerdos en los sueños (desfigurados por los mecanismos productores del sueño).
- Ocurrencias que el paciente produce cuando se entrega a la asociación libre, de las que podemos extraer alguna alusión a cierta vivencia. Puede ser «algo oído» o «algo visto», algo que tenga valor de verdad singular para esa persona, y tiene que encontrar la manera de incluirlo de modo adecuado para resolver cierta incógnita que puebla su propia vida (incógnita que siempre retorna en tanto no sea resuelta).
- Retoños de afectos sofocados o reacciones contra estos afectos.
- Indicios de repeticiones pertenecientes a lo reprimido. Repeticiones sistemáticas, compulsivas, que repiten sufrimiento sin resolución.

Yo voy a agregar a esta lista lo que llamaré ciertas *prácticas del cuerpo* que son también lenguaje. Daré un ejemplo al respecto:

En Europa, en los canales, hay familias que viven en barcas recorriendo estas vías. Rara vez se adentran en tierra firme. Estos marineros de agua dulce disponen de una pequeña escalera en su embarcación, la cual bajan y suben de espaldas. Supongamos que alguna de estas personas se encontrase repentinamente frente a las monumentales escalinatas de un edificio como el Congreso de la Nación o los Tribunales de cualquier gran ciudad capital del mundo. Nuestro personaje se encontraría en serias

³ Ver «Reflexiones acerca de la repetición; la construcción y la entrada en la temporalidad». *Revista de Psicoanálisis*, 47(2), 1990.

dificultades. Y lo que es peor es que un ciudadano, viéndolo paralizado podría pensar: «este grandulón es un débil mental» (comentario que no valora el lenguaje con sus marcas singulares). Esto acontece cuando no entendemos nada de las prácticas del cuerpo. En general, hay un desconocimiento de la estructura del lenguaje, de la lengua que marcó nuestro cuerpo, de la lengua que debemos reavivar en un discurso para servirnos de ella.

Hay que servirse de esa letra para escribir. Se trata de reavivar la cualidad, los matices para cada uno, de ese objeto. Cualquier cosa puede llegar a tener efecto. Para la lecto-escritura tomo pedazos, restos caídos en desuso, que van a servir de letra en su materialidad. Pero han caído en desuso. Estos aluviones de lenguaje deben ser reanimados; es decir, deben entrar a circular discursivamente (ser reavivados: pasar de lengua muerta —actuante sobre nosotros sin que sepamos que actúa— a lengua viva).

El ser humano puede hacer cualquier cosa con cualquier cosa. Si no, pregúntenle a la anoréxica que es capaz de comer nada, dejarse morir con tal de preservar su deseo... ¿Esto tiene que ver con el aparato digestivo? ¡Nada que ver!

Aclaro: el lenguaje no es solamente la lengua. La música es un lenguaje, hay sonido y escritura en la música; pero tiene la ventaja de que no hay representación. Las matemáticas son también un lenguaje: son escritura, pero no hay ni sonido ni representación.

Decía que tan poco entendemos la estructura del lenguaje, que no nos damos cuenta de la importancia de las formaciones del inconsciente y menos aún de su lenguaje singular. Y llegamos a considerar a un lapsus como un error sin trascendencia, digno de ser pasado por alto; así, de manera lamentable, perdemos la dimensión del sujeto. Porque, justamente, el sujeto del inconsciente muestra su equívoco: se equivoca, produciendo ya sea un lapsus, un acto fallido o un síntoma. Será la responsabilidad de quien lo produjo tomar ese material para hacer algo con él. Se trata de razones, de razones lógicas (pero hay que encontrar a lo largo del trabajo de alguien que se comprometa en su análisis estas razones lógicas que están perdidas).

Cuanto más se destruye la palabra, el lenguaje y las razones que dan cuenta del desciframiento, más se desconoce ese deseo particular del analizante (hoy observamos que se habla de «ataque de pánico» desconociendo la dinámica de la fobia, la dinámica de la angustia y el deseo).

Entonces, estamos constituidos por la letra singular que no sabemos leer. Yo propongo disfrutar del desciframiento. No es descorazonante no saber leer: es constitutivo. Estamos atolondrados por los dichos, sin tener en cuenta lo que está entre líneas de los dichos.

Para encontrar la satisfacción del descifrado hay que hacer un trabajo literal con esos restos que mencioné que son letra de cada quién. El trabajo tiene sus coerciones: el descifrado no es un código (no hay diccionario ni clave de los sueños). Hay sujeto, el sujeto es el único capaz de llevar a cabo la tarea.

Se necesita, para ello, mucho trabajo. No hay que confundir el trabajo con la tortura o la esclavitud; si no, ¿cómo entenderíamos la riqueza del trabajo del sueño! El trabajo del sueño es como trabajar con los elementos combinatorios de un álgebra.

El psicoanálisis considera que el sujeto del inconsciente trabaja. Pensemos que cuando nos vamos a dormir nos sacamos los atributos de la vida cotidiana (calcetines, gafas, dentadura postiza, peluca, etcétera) y... ¿qué hacemos? Producimos. Producimos un sueño. Y el sueño es la vía regia de acceso al inconsciente. Pero una condición debe instaurarse: su desciframiento. *El inconsciente no existe más que si se lo escucha.*

Para acentuar este último aspecto sería importante no hablar de «analizado», sino de alguien que a duras penas va a poner en juego su deseo. No se trata de alguien que va a ser analizado (como por un microscopio) sino de un analizante activo y presente.

Esto implica llevar a cabo todas las reversiones necesarias para que algo se sostenga. En este momento yo no voy a extenderme al respecto, pero diciendo que algo se sostiene estamos dando cuenta de lo que es la condensación freudiana.

Habría que remarcar también que el aparato psíquico funciona por apertura y cierre del inconsciente. Esta apertura y cierre son el lapso de las producciones del inconsciente: lapsus, sueños, actos fallidos, síntomas. Y esto implica un lugar que se llama topología del sujeto y que es pulsátil (apertura-cierre). Tal pulsación, que permite la lectura y el desciframiento, suele tener distintos grados de dificultad para funcionar. En algunas estructuras en las que no funciona (en las que la persona no puede hacer funcionar una pulsación que permita la lectura), la persona construye algo: un delirio. Por ejemplo, la psicosis.

Cuando alguien consulta a un psicoanalista, ya tiene una relación con su realidad psíquica, ha armado algo que es su historia fantasmática y que dirige sus actos. Ha armado ya una teoría que es un producto de una fallida resolución del narcisismo y de sus teorías sexuales infantiles. Pero, como es una fallida resolución, el analizante volverá a trabajar estas teorías. ¿De qué modo? Enseñándoselas (mostrándoselas) a su psicoanalista, y su psicoanalista —al cual él se dirige— permitirá todo el trámite discursivo que sea necesario para que él pueda sostener de una manera adecuada sus propias teorías.

Pero, ¿qué acontece en todo este trayecto? Durante este camino, el analizante habrá reinventado el psicoanálisis. Quiero decir con ello que irá encontrando las reglas y las coerciones que le serán necesarias para hacer una buena lectura. Así podrá leer lo que lo habita en la medida en que encuentre los conectores necesarios.

El hecho de que alguien concurra a un análisis no es sinónimo de búsqueda ni de deseo analizante. Si alguien se compromete dejándose llevar por su inconsciente y por las múltiples jugadas que se van a presentar en la transferencia, se analizará. De lo contrario, no se analizará.

El que habla en el consultorio acepta la responsabilidad de su palabra. Hablo de responsabilidad porque el neurótico busca siempre situaciones atenuantes. La culpa es de los otros (padres, cónyuge, hijos, etcétera). En este sentido, recuerdo ahora que allá por el mil ochocientos el gran escritor italiano Leopardi planteó en su *Zibaldone de pensamientos* que

los hombres son míseros por naturaleza, pero dispuestos a creerse míseros por accidente.

En nuestra época, a esto se le agregan las psicoterapias que justifican, explican todo, ¡le dan sentido a todo! Bueno... el neurótico adora el sentido eterno. Él así puede des-responsabilizarse como sujeto (recuerden que antes señalé el valor de un analizante activo y responsable). Pero el precio que paga el neurótico es incrementar el sentimiento de culpa. El psicoanálisis postula que a mayor responsabilidad, menor culpa. Esta es la razón por la cual no se puede prometer a nadie un análisis. Él, el analizante, debe comprometerse, dejar de creer que es un alma bella y que si algo anda mal es culpa del otro, del vecino...

Suele suceder que durante un tiempo el analizante hable al psicoanalista diciéndole todo lo que se le pasa por la cabeza, aunque sin siquiera darse cuenta de que habla. Pero en un momento dado tiene que enterarse de que habla, lo cual implica que hablando él se escuche. Es decir, que él pueda leer su propio discurso. Ahí tenemos la cuestión de la lectura, que es esencial.

¿Qué entiendo entonces por *leer*? Leer es hacer algún recorte. Introducir un recorte en un texto ya dado; esta es la tarea por realizar. Y nos aproxima al tema de lo que sería una escritura eficaz en psicoanálisis (una vez hecho el recorte, podría ser factible hacer una escritura). Porque si nosotros nos atenemos a la preocupación de Freud por la inscripción, entonces algo de esta escritura rigurosa se escribirá. Se reprimirá luego, se olvidará, pero quedará como recurso genuino del sujeto. La escritura es el recurso sólido del sujeto.

Se trata de reanimar en la transferencia las significaciones antiguas en el presente y prolongarlas en el discurso todo el tiempo que fuera necesario. Esto implica una resolución del deseo de cada quién. Resolución al modo en que se resuelve una ecuación: que cada quién encuentre una solución que satisfaga su propia ecuación. Así, *un deseo resuelto es un deseo decidido en que nada desviará de él al sujeto*. Esto es lo que la neurosis elude sistemáticamente.

Nadie duda de que el humano, por su prematuración esencial, se vio obligado a entrar en un lenguaje que le es extraño y siempre inevitablemente desajustado. Por tanto, al nacer en la cultura, el lenguaje estuvo radicalmente hablado por el otro. ¿Y qué hizo? Se transformó en un habla-ser (es decir, que habla, habla y habla para intentar ser, intentar resolver algo de su incompletitud radical). Es un camino fallido.

Con el sujeto no se trata de éxito. No hay cálculo de probabilidad (probabilidad en el sentido de cernir el fracaso de antemano, en tanto previsión). ¡El sujeto es un cálculo contra toda previsión! El *sujeto se equivoca*. Algo puede ser totalmente contrario a lo que se prevé: esto es el *sujeto*.

No se trata, por ende, ni de *éxito* ni de *ideal* (esto se lo podemos dejar a las ciencias más positivistas). Nosotros vamos a registrar los fracasos, anotamos los fracasos. No se va a tratar de éxito, pero sí de resultados. Porque entre éxito y fracaso pasa algo: el fracaso deja de ser una maldición, una amenaza de destrucción, una decrepitud.

Entonces, si nos comprometemos, sin circunstancias atenuantes, sin traducciones psicologistas que den puro sentido y sostengan lo que desde siempre se conoce (¿qué es lo que desde siempre se conoce?: los prejuicios); si nos comprometemos como analizantes responsables, llegaremos a la condensación freudiana, que es una escritura que da cuenta de la estructura lógica de cada uno. Este enunciado se sostiene y resiste.

Descubrimos cosas a partir de un drama subjetivo, por medio de un método: una estrategia discursiva. Entonces inventamos en ese drama subjetivo. Es decir, se trata de saber *hacer con* (con los materiales de escritura que he enumerado previamente). El saber hacer con no es saber más. Uno se hace sujeto de un saber en tanto acepta su no-sabido.

BIBLIOGRAFÍA

- Cohen Levis, Noemí (1990). Reflexiones acerca de la repetición, la construcción y la entrada en la temporalidad. *Revista de Psicoanálisis*, 47(2), 361-370.
- Cohen Levis, Noemí (1992). Entre la angustia y el duelo. *Revista de Psicoanálisis*, 49(1), 89-95.
- Cohen Levis, Noemí (1994a). Encuentro Desencuentro. *Revista de Psicoanálisis*, 51(3), 453-462.
- Cohen Levis, Noemí (1994b). Historia e historiales en psicoanálisis. En Carlos Repetto y otros, *Historia: historiales*. Buenos Aires: Kargieman.
- Cohen Levis, Noemí (1996). Lo femenino. *Revista de Psicoanálisis*, 53(2), 387-401.
- Cohen Levis, Noemí & Luis Kowenski (2009). *Entre la ventana y el muro*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, Sigmund (1988[1937]). Construcciones en el análisis. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Guitart, René (2003). *Evidencia y extrañeza*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, Jacques (1971[1945]). El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada: un nuevo sofisma. En *Escritos I*. México: Siglo XXI.